

# Desnaturalizar la violencia

ANTONIO RIVERA  
HISTORIADOR

**E**l lehendakari mandó en su momento a los que considerando la violencia y exigió «una respuesta firme, legal (sic) y contundente de las instituciones vascas. Nadie entiende qué pasa en la universidad vasca. Nadie entiende que pase ahora lo mismo que venía pasando durante decenios, cuando la misma partida de la porra imponía por la fuerza el silencio, el cierre y el éxito de sus convocatorias. Entonces todo se entendía porque el sagrado manro de la patria proporcionaba la significación. Había un conflicto en Euzkadi y ese conflicto lo personificaba ETA y su entorno, incluido el estudiantil. Pero ahora ya no hay conflicto, ni casi ETA ni, por tanto, sentido para el empleo de la violencia política. Ahora pasado ajeno, tanto en tiempo como en forma y lenguaje. Le acompañan reclamaciones que no se reconocen como voces vascas: capitalismo, heteropatriarado, ideología burguesa, clase obrera, revolución. Incluso no atienden a sus mayores de la vieja causa cuando les censuran por volver a anteriores procedimientos, ya periclitados (a instancia y oportunidad establecida solo por ellos). Se incluye que los muchachos son de aquí porque el ambiente es su único vehículo de comunicación y por su insistencia en un modelo propio para cada cosa, pero bien podrían ser ajenos.

No se entiende que renuncien a argumentar y que se apliquen solo a la fuerza. Nadie sabe qué pedían esos estados antes; solo ha quedado el rastro de su acción. Acción por la acción, puro activismo. Pero, ¿no era así antes, ya desde los reinos? No, entonces estaba la patria —el conflicto que mantendría la patria— para justificarlo.

El hombre es un animal que justifica. En su necesidad de explicarse cualquier exceso, los ideales son la consola perfecta porque nos distancian del mal hecho. Solo los criminalistas se atreven a hacer daño sin filosofar (Robert Musil). La gente normal hace daño por un ideal y eso los justifica, cuando en realidad el objetivo político debiera ponerlos a la cabeza de los criminalistas: hacer daño a sabiendas y con planificación para lograr algo en el lejano futuro. Pero así pensamos aún. Y así hemos pensado hasta ahora. Si había objetivos, el medio más horrendo (matar) podía tener justificación. La violencia terrorista se naturalizó en Euzkadi en los sesenta del pasado siglo. Una dictadura interminable no permitía competir políticamente, luego cabía el recurso extremo. ETA y su violencia se naturalizaron, los naturalizamos. Acudían entonces a las unidades de acción de los opositores en igual condición y trato que una asociación de vecinos, un partido o un sindicato. Llegó la democracia, la Constitución, el Estatuto, el autogobierno y ETA siguió existiendo, su mundo justificado

la y nosotros naturalizando su presencia, justificándola en parte: del «por algo será» se pasó al «por algo lo harán». Todo por la patria.

A tal punto fue así que se vinculó el final de la violencia al logro total de las demandas de esos patriotas: el programa político final de los nacionalistas. Estaba, libremente, su plan, salían al recuerdo. El mismo objetivo final era desarmar y legalizar a ETA, a costa de cualquier cosa, incluso de reconocerse de nuevo como otro agente más. Así se afirmó, sin producir histeria: al cabo, la organización terrorista ya había corregido trazados de carreteras, determinado dónde conservar infraestructuras, establecido si se podían proyectar películas en los cines de los ochenta, expulso a tipos a traficantes y protegido, en suma, a la comunidad acudida por mil peligros. Incluso cuando se decidió acabar con esa naturalización —la Ley de Partidos que prohibió competir en política mientras se manejaran pistolas en esa lid— se interpretó como antidemocrática.

Ahora que esto parece que se ha acabado, algunos insistimos en que el relato es determinante. Los que se aguantan hoy por la violencia de esos muchachos prefieren diluirlo, despolitizarlo. Pero si no dejamos claro, no solo que aquello era mal, sino que en la democracia solo vale la democracia, cualquiera puede volver a exigir el eterno conflicto, estableciendo una inextinguible justificación de entre los muchos problemas que tiene esta o cualquier sociedad. Así lo están haciendo estos estudiantes, y eso nos llena de estupor y miedo. Pero lógico hay: si no desnaturalizamos la violencia, si no la privamos de justificación de principio a fin, no

podemos rasgarnos las vestiduras cuando un joven se vuelve a portar como cuando nosotros lo éramos, con la misma trama argumental. De ahí la importancia del relato. Porque no es que haya resucitado de lo anterior. Hay hoy los mismos mozos que hace diez, veinte o cuarenta años —al menos desde que acabó la dictadura— para quemar y romper. Posiblemente ninguno, si se puede acudir al consentimiento y al respeto del libre albedrío. Solo que antes naturalizamos la presencia de quien blandía esos objetivos justificadores y ahora no estamos por la labor de hacerlo porque nos pilla ya hastiado y convencido de haber pasado a otra situación.

«El pasado es lo que antes fue real y que, por no serlo ya, ahora se ha convertido de nuevo en posibilidad y puede recordarse e interpretarse de manera nueva. Por eso, como el futuro, también el pasado, visto desde el presente, es el gran espacio de lo posible (Karl Popper)». Así que, sin mentir ni mentirnos, tenemos que dejar claro el pasado, para que no pase lo que está pasando con estos violentos perseguidos, cuyo presente vive y bebe del ayer. Hoy ya solo lo hacen ellos y por eso nos parecen tan extraños, pero son nuestros hijos. Y con ellos venamos en conexión a la misma tentación de naturalizarlos replicando el fracaso que vivimos con sus mayores: pensar que la bestia se refrena abusos cuando de parece de poder. Aquello no funciona porque no hay causa, ni siquiera la patriótica, que permita saltarse la raya de la democracia y de la no violencia. ¿Volviendo nuestros autoridades a jugar a lo mismo o han aprendido ya con esta?

ANTÓN

